

HOMILÍA
DEL CARDENAL CLAUDIO HUMMES
EN OCASIÓN DE LA MISA SOLEMNE
POR EL CENTENARIO
DE LA ORDENACIÓN SACERDOTAL
DEL PADRE KENTENICH
– SCHOENSTATT –
20 DE JUNIO DE 2010

Hermanos y hermanas:

Es para mí una gran alegría poder estar con ustedes y celebrar esta Santa Misa con la que recordamos el centenario de la ordenación sacerdotal del vuestro difunto fundador, el Padre Kentenich. Permítanme agradecer a los superiores de la Familia de Schoenstatt por la cordial invitación a este evento.

El marco donde transcurre esta conmemoración –el pasado 11 de junio el Papa dio por finalizado el año sacerdotal– es en mi opinión muy significativo. Este año especial debía ser un tiempo de profunda reflexión sobre la identidad sacerdotal y llevar a que esta identidad sea vivida de una nueva manera. Con este fin los sacerdotes debían ser fortalecidos en su espiritualidad y en su celo en el cumplimiento de su servicio. Ahora la conmemoración de los cien años de la ordenación sacerdotal del Padre Kentenich nos ofrece una buena oportunidad para reflexionar sobre el sacerdocio. Para eso quisiera referirme a algunos pensamientos expresados por el Santo Padre durante la homilía que pronunció el pasado 11 de junio durante la concelebración con 15.000 sacerdotes en la Plaza de San Pedro en el marco de la fiesta de cierre del año sacerdotal. En su homilía, el Papa nos conduce a las fuentes que el sacerdocio ministerial tiene en Dios, sí, en la profundidad el amor misericordioso de Dios a la humanidad.

Así lo expresa el Papa: “Las religiones del mundo [...] han sabido siempre que, en un último análisis, sólo hay un Dios. Pero este Dios era lejano. Abandonaba aparentemente el mundo a otras potencias y fuerzas, a otras divinidades. Había que llegar a un acuerdo con éstas. El Dios único era bueno, pero lejano. No constituía un peligro, pero tampoco ofrecía ayuda. Por lo tanto, no era necesario ocuparse de Él.” En la Sagrada Escritura, ya en el Antiguo Testamento pero sobre todo en la figura de Jesús que nos transmiten los Evangelios, se nos reveló el Dios único y verdadero, un

Dios que es amor, que es una comunidad de tres personas que se aman infinitamente y que viven de este amor recíproco. Hablamos del Dios creador de todas las cosas, que ama sin límites a la humanidad y se acerca a todos nosotros, del Dios que “me conoce, me ama y se preocupa por mí”. Lo maravilloso e inaudito en esto es que Dios no ama realmente y que por eso se acerca a cada uno de nosotros. Sí. “Dios me conoce, se preocupa de mí. Este pensamiento [–así dice el Papa–] debería proporcionarnos realmente alegría. Dejemos que penetre intensamente en nuestro interior. En ese momento también comprendemos qué significa: Dios quiere que nosotros como sacerdotes, en un pequeño punto de la historia, compartamos sus preocupaciones por los hombres. Como sacerdotes queremos ser personas que, en comunión con su amor por los hombres, cuidemos de ellos, les hagamos experimentar en lo concreto esta atención de Dios”.

Con estas palabras el Santo Padre señaló las fuentes que posee el sacerdocio en el amor, vale decir, que el sacerdocio nació del corazón de Dios que ama a los hombres. Un Dios que nos ama, que se preocupa por nosotros y que no quiere que nos perdamos. A partir de este hecho el sacerdote tiene que comprender su servicio sacerdotal –ya sea el servicio de la palabra, o el servicio santificador, como también aquél de la presidencia de la comunidad de los fieles. De este modo se hará concreto el servicio pastoral. Por eso, Jesús resucitado le preguntó tres veces a Pedro: “Pedro, ¿me amas?”. Y Pedro respondió: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero”. A lo que Jesús le contestó: “Apacienta mis ovejas”. El amor es siempre la condición fundamental para poder ser sacerdote y pastor. En su vida, en su testimonio y en su acción pastoral, en la historia y para cada persona, el sacerdote debe ser reflejo visible y duradero de la cercanía de Dios, signo del amor apasionado de Dios por cada individuo, de esa preocupación por cada uno de nosotros, tiene que encarnar todas las cualidades que posee nuestro Dios, el Dios verdadero que Jesucristo nos ha revelado. ¡Qué gran honra ser sacerdote! Pero también: ¡qué responsabilidad! A través de nosotros, los sacerdotes, los hombres tienen que experimentar la cordial y paternal cercanía de Dios.

En la ya mencionada homilía, al acentuar que en los sacerdotes Dios quería permanecer cerca de los hombres, el Santo Padre dijo que “Dios se vale de un hombre con sus limitaciones para estar a través de él, presente entre los hombres y actuar en su favor. Esta audacia de Dios, que se abandona en las manos de seres humanos; que aún conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar, esta audacia es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra ‘sacerdocio’ [...]. Así este don [que nos fue otorgado a los sacerdotes] se convierte en la tarea de responder a la audacia y la humildad de Dios con nuestra audacia y humildad. Estas palabras del Santo Padre, son palabras que a nosotros los sacerdotes nos dan ánimo y nos permiten comprender mejor qué gran don es el sacerdocio y en qué consiste la verdadera esencia de este don.

Dediquémonos ahora al mensaje de las lecturas que acabamos de escuchar en esta celebración eucarística.

La pregunta que Jesús hace a sus discípulos en el Evangelio de hoy está también dirigida a cada uno de nosotros. Junto con Pedro estamos dispuestos a responder a la pregunta sobre el misterio de Jesús: “Tú eres el Mesías, tú eres el Hijo de Dios.”

En efecto, Jesús, el Hijo del Dios vivo, es el Rey mesiánico y el Sacerdote de la nueva alianza.

En este año, nosotros los sacerdotes hoy reunidos aquí, junto con todos los sacerdotes de la Iglesia Universal, hemos renovado la confesión de Pedro y la hemos hecho propia. Hemos prometido a Jesús dar lo mejor de nosotros mismos a su servicio y de ese modo estar disponibles para la Iglesia y para los hombres de este tiempo.

Esta explícita confesión hecha a Jesús y la disposición de vivir y anunciar el Evangelio une a los pastores y a todo el pueblo de Dios entre sí.

El evento que celebramos en el día de hoy, es también una señal en qué medida y en qué forma fecunda el siervo de Dios, el Padre José Kentenich, se dejó tomar en servicio por nuestro Señor Jesucristo. Su vida sacerdotal repercutió en aquellos que pertenecen a su Familia espiritual, pero también más allá, en muchas personas.

“Vivir apasionadamente para Dios y para los hombres”, este noble propósito pertenece a su legado para la Iglesia. Él amó a la Iglesia y también a su sacerdocio como el Santuario de Dios Trino. Pero también vivenció a la Iglesia en su dimensión humana. Su experiencia pastoral le dejó reconocer una y otra vez que los sacerdotes de la Iglesia son “elegidos entre los hombres”.

Por eso para él era importante saber que la Iglesia y sus sacerdotes están “bajo la protección de María”. A su amor maternal está confiada la Iglesia, inclusive sus sacerdotes.

Contemplemos ahora por un momento la figura sacerdotal del Padre Kentenich.

Durante decenios se dedicó a asistir con gran atención a los pastores y fundó varias comunidades sacerdotales. Toda su actividad estaba dirigida a una renovación de la Iglesia. Este impulso correspondía a las intenciones del Concilio Vaticano II, que tuvo lugar en la fase tardía de su vida.

En los documentos que dan testimonio de su diálogo con quienes tienen responsabilidad en la Iglesia, se toca también el tema sobre la importancia y el estilo de la formación de los sacerdotes. Así, por ejemplo, él habla sobre la autonomía de las comunidades laicales en la Iglesia como de las irrupciones carismáticas que la Iglesia necesita. En tales irrupciones el mundo moderno desde su interior puede ser abierto para Dios y todo lo divino.

Pero la entrega al Espíritu de Cristo tiene que repercutir también en el servicio a los hombres, sobre todo en el servicio a los pobres y a los que sufren. Incorporados a la filiación de Jesús, tenemos la tarea de testimoniar en este tiempo de que Dios vive y que está personalmente a nuestro lado en los múltiples desafíos y crisis de nuestros días. Esto sólo podemos lograrlo si

tenemos confianza en los planes de Dios y si nos dejamos colmar por el espíritu del Evangelio de Cristo, el Redentor de los hombres.

De la vida del Padre Kenterich sabemos que le pidió a la Madre del Salvador que de par en par le abriese su corazón y el corazón de su Hijo. Si miramos a la riqueza espiritual y religiosa que el fundador del Movimiento de Schoenstatt pudo reunir y regalar, vislumbramos que Jesús y María escucharon su pedido. Las energías vitales que obraron en él y a través suyo, se remontan al mismo amor creador y dispuesto al sufrimiento de Cristo y María.

El día de hoy está bajo el lema del amor apasionado a Dios y a los hombres. Todos necesitamos esta pasión del amor en los desafíos modernos de la sociedad para hoy poder ser cristianos con alegría. La apertura del mundo secular para Dios y lo divino no ocurre primero mediante la reflexión sino mediante aquel amor que está dispuesto a seguir el camino de Cristo.

Por eso me invito e invito a todos a ser uno en el sentido que corresponde al llamado que san Pablo nos dirige. Formemos en la unidad de los miembros del Cuerpo de la Iglesia una comunidad unida: hombres y mujeres, sacerdotes y laicos en esta Iglesia, siempre unidos con todos aquellos miembros del Cuerpo que comparten la misión sacerdotal de Cristo. De tal modo, la Iglesia se convierte en familia, en una familia que regala hogar y cobijamiento.

Llevemos la vestidura de Cristo con la cual nos hemos revestido y acrisolémonos en el mundo de hoy:

En la alegría sobre nuestra elección, en la dignidad de un camino elegido libremente, en una alianza de amor mutuo, en la red de las diferentes vocaciones, en la confiada vinculación y colaboración con todos los que Cristo llamó a ser sus testigos.

Amén.